

Esbozo de una Teoría del Sentido
a la Luz de la Mirada de Estudiantes de Carreras de la Salud
por Cristóbal Holzapfel, Filósofo

Probablemente no hay una pregunta que más distinga al ser humano que aquella por el sentido. Esta pregunta lo acompaña no sólo en todo lo que hace y decide, sino en relación a sus pensamientos, recuerdos, sensaciones, fantasías, ya que en cada caso nos preguntamos por el sentido de todo aquello, de un lejano recuerdo, de una forma extraña de algo que percibimos, de un sueño que hemos tenido o de un complejo pensamiento. Así como al ser humano lo podemos concebir como "animal racional", como simbolizador, como homo ludens (jugador), también lo podemos concebir de modo igualmente radical y originario como "buscador de sentido".

Quizás no hay vivencias que gatillen más la pregunta por el sentido que la muerte, y precisamente porque de cara a ella se atiende al sentido de la vida, de la existencia en su totalidad, y al mismo tiempo la contemplación del cielo estrellado. Si bien lo observamos, en ambos casos lo que está en juego es una cuestión relativa a límites supuestamente absolutos, y absolutos hasta tal punto que de un lado y de otro nos abrimos a la posibilidad del no-ser. El primero, el que atañe a la muerte, sería una suerte de "no-ser existencial" y el segundo un "no-ser metafísico-cosmológico". Esto nos muestra a la vez que la pregunta por el sentido nos pone directamente ante la posibilidad del no-ser, de la nada, en un caso para lanzarnos de rebote al sentido que tiene nuestra existencia y en el otro al ser de la plenitud, en otras palabras: ¿qué sentido tiene todo "esto" en lo que existimos o no tiene ninguno?

El sentido se presenta en tres estadios, que es menester diferenciar:

1. Estadio existencial, el que más directamente nos incumbe. Aquí el sentido se hace presente al modo de la justificación: ¿qué justificación tiene lo que estoy haciendo, lo que pienso, lo que proyecto?
2. Estadio metafísico, que se refiere al ser de la plenitud: si acaso no sólo respecto de nuestro propio ser, sino del ser de la inmensidad, de la plenitud hay sentido o no. Aquí el sentido actúa como orientación.
3. Estadio semántico-lingüístico, que concierne a las palabras, al lenguaje. El sentido se da aquí al modo del significado: ¿Qué significa tal palabra? ¿Qué significa lo que recién dijiste?

Naturalmente estos tres estadios interactúan, ya que únicamente un ente capaz de hablar se pregunta por el sentido de su propia existencia como por el sentido del ser de la plenitud.

Lo que es motivo de un peculiar asombro es que el sentido ante todo se da y agreguemos que se da a destajo, pero por supuesto nada más que en términos potenciales.

El sentido se constituye a partir de un encuentro entre donación y dotación, vale decir, que por de pronto el sentido se da, se ofrece, se regala, se brinda en la aparentemente atractiva persona que se cruza delante mío en alguna calle, en la cordillera nevada que invita en un día domingo a explorarla, pero la donación de sentido es meramente potencial si no se completa con nuestra dotación, es decir, que aquello que se dona comenzamos a dotarlo nosotros con significaciones, impresiones, asociaciones, interpretaciones. El sentido es pues lo que resulta de ese encuentro, de ese matrimonio de donación y dotación.

Ello se lo puede entender mejor si atendemos a lo que más precisamente comienza a nacer con ese encuentro, a saber los generadores de sentido, que serían los siguientes:

1. El vínculo; el sentido nace justamente con el vínculo afectivo-anímico-volitivo-intelectual, o de otra índole, que tengo con algo o alguien: con una persona, con un paisaje, con el amanecer o el atardecer, con un cuadro, una película, una pieza musical.
2. Al vínculo le sigue el cobijo; aquello que me vincula genera a la vez cobijo, en cierto modo, bajo ello me siento protegido, amparado, como al escuchar la Tercera Sinfonía de Gustav Mahler.

3. El cobijo, por su parte, genera atadura; el sentido está de este modo relacionado con el límite. Dentro de aquello que me da sentido, que puede ser la relación de pareja, la profesión, el trabajo, estoy cobijado. Mas, puede suceder que de pronto me agobio, me sofoco bajo esa atadura, entro en crisis con ella, y entonces se prepara una desatadura, a la que le seguirá inexorablemente una nueva atadura.
4. El cobijo, cuando supone un "cautiverio feliz" genera reiteración, la cual permite que el sentido se afiance y se prolongue en el tiempo.
5. Lo que resulta de todos estos generadores que se potencian sinérgicamente es el sostén; el sentido es, a fin de cuentas, lo que nos sostiene en la existencia.

Desde el momento que el sentido se constituye a partir del matrimonio entre donación y dotación, el hecho de que él precisamente se dé, se regale, remite a fuentes dispensadoras, las cuales serían las siguientes:

1. Fuentes referenciales; ellas corresponden a los grandes referentes que desde tiempos inmemoriales ha tenido la humanidad, esto es, el amor, el trabajo, el saber, el juego, la amistad, la muerte. Es patente que en cada una de ellas nos abrevamos de sentido; tengamos nada más en cuenta el amor y el trabajo. La muerte juega aquí un papel peculiar, puesto que el sentido se lo vivencia de determinada forma dentro del plazo que demarca la muerte, y que por suerte en general desconocemos.
2. Fuentes programáticas; ellas responden al modo cómo de manera concreta proyectamos el mundo y se va configurando la historia: el arte, la técnica, la ciencia, la economía, el derecho, la política, la religión, la filosofía. A cada momento el mundo es lo que está resultando de la acción transformadora de estas fuentes.
3. Fuentes ocasionales; así como el sentido nace a partir de la donación y dotación, nace también con el vínculo, y por último a la vez con una fuente ocasional; desde luego estos tres momentos del nacimiento del sentido se presentan unidos. La fuente ocasional se apoya en una suerte de "azar existencial" en que nos encontramos. Por ejemplo, a partir de un libro que leímos, que en cierto modo "cayó" en nuestras manos, nos decidimos a estudiar filosofía; a partir del encuentro fortuito que tuve con ella, finalmente nos convertimos en pareja.
4. Las fuentes ocasionales pueden quedar precisamente en eso, en algo puramente ocasional, pero es probable que cierta fuente ocasional se convierta en fuente persistente, como se observaba en los ejemplos recién puestos: la filosofía o la pareja. Sin duda lo que más anhelamos son las fuentes persistentes del sentido, y por lo mismo puede suceder que acabemos por atosigarnos, hartarnos y saturarnos en ellas, y entonces requerimos de nuevas fuentes ocasionales que son las únicas que pueden renovar el sentido. Cuando una fuente persistente hace crisis tendemos a romper la atadura del sentido y somos incitados a desatar.
5. El sentido tiene a su vez la notable capacidad de, en cierta manera, materializarse. Las fuentes icónicas dan cuenta de ello. No solamente hay fuentes icónicas tradicionales con una poderosísima carga histórica como la cruz, la espada, el birrete, la bandera, sino que también tu reloj, tu celular, un sombrero que usas, tu habitación, un paisaje determinado donde vas de vacaciones, se pueden convertir en fuentes icónicas. Pero ocurre al mismo tiempo con el sentido que así como vivenciamos que lo hay, se constituye, se agranda, crece hasta volverse determinante, también puede decrecer, palidecer, diluirse, desvanecerse, y en definitiva no haberlo, es decir, vivenciar más bien su ausencia.

Es más, la pregunta por el sentido únicamente se puede plantear a cabalidad en la medida en que se reconoce, se admite y se asume la posibilidad de que no lo haya.

Entendemos por "trasfondo del sentido" la doble posibilidad que siempre y en todo momento está en juego: de que algo, por ejemplo, que esté mirando un partido de fútbol en algún estadio o a través de la televisión, que decida emprender un viaje a cierto lugar que me parece atractivo, todo ello corresponde a situaciones y vivencias que suponen tanto la posibilidad de que se constituya el sentido como que no. Y ello es así aunque se trate de decisiones y acciones que serían de la mayor seriedad y rigor, como que tengo que levantarme por la mañana para ir al trabajo o que le estoy dando un beso a la persona que amo. Está en nosotros en todo momento dar cabida a la constitución del sentido como de que no suceda.

Los testimonios, de estudiantes de distintas carreras de la Salud, como también de académicos y funcionarios, han sido particularmente reveladores respecto de la problemática del sentido. Las preguntas en torno a "empujar los límites a un extremo", a "vivencias de sin-sentido", o "la seducción de algo de la carrera misma" fueron no solamente muy bien acogidas, sino que promovieron, motivaron, remecieron muchas cosas.

Se presentan aquí pensamientos que calan hondo y son de alcance universal, que están en todas las épocas históricas y profundamente arraigados en el alma humana.

Así por ejemplo cabe destacar respecto de "algo que te seduzca, vincule y apegue a tu carrera", para quien es de Odontología: "La satisfacción propia de generar un bienestar en el prójimo"; "el hecho de trabajar en un lugar tan pequeño, pero a la vez tan grande como es la boca".

O testimonios de otros estudiantes del área de la Salud:

"Me gusta el hecho de saber que cada día es un desafío diferente y nuevo, en donde no existe el color blanco y negro, sino que hay una gran cantidad de matices".

Y por el lado de la invitación a "decir algo sin-sentido" nos encontramos a la vez con la misma penetración:

"Todo tiene sentido, en esta vida o en la otra, todo se explica"; "Detrás de lo cotidiano se esconden las cosas profundas de la existencia"; "Amanecer sin una meta"; "Sentir que la vida no tiene un sentido"; "La boca del lobo es un lugar cálido y húmedo"; "Pensar en nada"; "Respiro...vivo...siento"; "Playa, mar y tranquilidad"

O fijémonos en esta somera declaración de sin-sentido: "La naturaleza humana".

Esto es extraordinario: constatar que un estudiante de carreras de la salud tiene, probablemente sin ninguna relevante formación filosófica, no sólo una profunda vivencia del sentido, sino que a la par del sin-sentido.

El trasfondo en el que nos encontramos supone la paradoja de que todo, y esto no admite excepción, a la vez que tiene sentido, no lo tiene. Lo tiene o no lo tiene. Si lo tiene, es porque hay vínculo o alguna fuente dispensadora de sentido, pero si no hay tal, no lo tiene. Y esto se refiere no solamente a mirar tres veces seguidas el reloj (como la liebre de "Alicia en el País de las Maravillas"), sino también que tanto hacerle una transfusión de sangre (como también o no hacérsela) al Testigo de Jehová.

Y sigamos con las vivencias del sin-sentido:

"¿Quién mató al Mar Muerto?"; "La llave que sale por el agua"; "Una flecha sin dirección"; "El jardín de la Tierra y sus bebés habitantes"; "Vivo para envejecer"; "Mientras más avanzo y más aprendo, más atrás estoy y menos sé"; "Volar, rodar por el pasto, olvidarse del ayer, no pensar en el mañana"; "La ignorancia nos hace a veces más sabios"; "La vida es un constante sin-sentido...y el que diga lo contrario profundamente no lo tiene claro"; "Las personas de la sala, el chofer de la micro de hoy, las hojas verdes, la cara del desconocido del metro, los microfactores que alteran mi día y me sacan de la rutina"; "Correr sin rumbo alguno por el bosque"; "El sin-sentido del tiempo y la velocidad. Vivir siempre apurados y enfocados en el futuro y no en el presente"; "Lo más importante es el flujo, todo se encuentra en el infinito"; "Una vez vi a un traumatólogo vestido de payaso corriendo por las calles de Etiopía".

Y destaquemos lo notable que es la intuición de un estudiante de una carrera médica que relacione al sin-sentido con la declaración "Usted está sano". ¡Extraordinario, insuperable!

O por último que otro estudiante declare que el sin-sentido es nada más que decir "hola".

Me pregunto, y debo reconocer que algo estupefacto: ¿a qué se debe que un estudiante de las carreras de la salud tenga de pronto una vivencia tan profunda del sentido y del sin-sentido a la vez? Pues, si bien lo pienso, ello se debe a la vivencia de la muerte.

En la teoría del sentido expuesta destacamos que la muerte tiene indiscutiblemente el poder de gatillar, entre todas las vivencias del ser humano, no sólo la pregunta por el sentido, sino la posibilidad de que no lo haya, la vivencia del sin-sentido. Tal vez ello explica por qué en la plástica, Durero suele poner al pensador junto a un cráneo en el solitario habitáculo.

Los estudiantes de la salud ya han tenido en sus prácticas una confrontación con la muerte, y ciertamente no se trata sólo de muerte, sino de la enfermedad física o psíquica, el órgano que falla, la invalidez en cualquiera de sus formas. No solamente eso, sino también la descomposición, putrefacción, y además considerando que estas distintas manifestaciones patológicas se dan en personas, en pacientes, con los que el estudiante desde temprano entabla una relación. En todo ello pues también se hace valer la fluctuación, el vaivén propio del trasfondo, que de pronto lo que tenía sentido, comenzó a perderlo, y a lo mejor eso sucedió en algunos aspectos, y sin embargo en otros ganó sentido.

Traigo a colación a continuación un testimonio que refleja no sólo la vivencia de la muerte del paciente, sino un conmovedor dilema ético, y que nos lleva a confirmar una vez más cómo la muerte tiene la virtud de igualar no sólo al rey con el mendigo, al rico con el pobre, sino incluso al hombre honesto con el delincuente; y aunque en el último caso nos parezca una *injusticia existencial*, sobre todo cuando el ser humano honesto muere prematuramente, mientras que el otro continúa delinquiendo. Al final de todos modos la igualación de la muerte alcanza a uno y otro, a todos sin excepción:

"Estando en turno, llega un paciente de 16 años, muy comprometido hemodinámicamente, con requerimientos y uso de ventilador mecánico no invasivo, con una leucemia agresiva que lo llevaría a la muerte, muerte lenta que lo hizo sufrir y padecer un terrible dolor, un muchacho lleno de vida, joven de iglesia y amante de su familia; en la cama contigua un paciente de 14 años con malos hábitos, con una herida a bala en diferentes partes de su cuerpo, narcotraficante y con delitos a esa edad de robos y muertes con armas; puedo decir que injusta es la vida, el dolor y sufrimiento de un ser inocente que lo único que lucha es para hacer el bien, en cambio el paciente del lado en su condición viviendo y recuperándose para seguir haciendo daño".

© Cristóbal Holzhapfel

Ninguna parte de este texto puede ser reproducido sin la autorización de su autor.